

II.

LA CAIDA.

SAN LUIS.—LA PEQUEÑA OBRA.—UN LUVETON.—
ULTIMAS ORACIONES.—UN SACRILEGIO.—MI PRIMER PERIÓDICO.—PERSPICACIA DE UN PROFESOR.

Durante las vacaciones de 1865, sufrí un accidente. Habiendo caído de lo alto de un primer piso, me rompí la pierna izquierda, y al verificarse la reapertura de las cátedras no me fué posible volver á Mongré.

Durante tres meses estuve en cama, con la pierna entablada. Hasta la Navidad logré poder andar. Me destruí considerablemente durante mi prolongada curacion. Me entristecía sobre todo pensar que mis condiscipulos, allá en Villa-franca continuaban, sin que yo los acompañase, sus progresos en el estudio. No era posible reparar un tiempo tan miserablemente perdido.

En Enero de 1866 aun estaba convaleciendo.

Mi madre, atendiendo á mi situacion resolvió ponerme en un colegio de Marsella; mi padre no quiso contrariarla. A la sazón acababa de establecerse un gran colegio en la quinta del Sr. Obispo. Monseñor Cruice fué el Prelado marsellés autor de esa fundacion.

La primera piedra del edificio fué colocada por Monseñor Dupanloup. La nueva institucion se llamó, Colegio Católico de San Luis.

Cursé tres años escolares en san Luis. Fueron mis profesores: en el primer año, el Abate Girard, de quien no conservo un recuerdo útil para ser mencionado aquí; en el segundo año, el abate Jouet, de quien tendré que hablar algo; y en tercer año el abate Carbonnel, que tuvo el presentimiento de mi futura impiedad.

En 1866 y 1867 formé parte de la «*division de los medianos.*» (1)

Si es verdad que tenía buenas calificaciones en la clase, en cambio no eran tan excelentes las del estudio; extraordinariamente travieso, era la desesperacion de nuestro Celador, el abate Guigou, un anciano y virtuoso sacerdote en extremo sencillo.

(1) El original: *division des moyeus*. Conviene ese epíteto, al conjunto de alumnos que están, por su edad, en el periodo de transicion entre la niñez y la juventud. N. del T.

Como lo he dicho ya, habia recibido en Mongré una sólida educacion, así es que al pasar á San Luis estaba mucho más adelantado que los alumnos de mi edad, mis condiscipulos. Este cambio de colegio, efectuado bajo tales condiciones, fué de malas consecuencias para mí.

La clase de que entré á formar parte recibía una enseñanza que yo conocía ya casi por completo; de modo que no era mucha gracia el que con frecuencia fuese el más adelantado en traduccion.

En el estudio aprendía mi leccion sin dificultad y en un abrir y cerrar de ojos; en una hora despachaba el trabajo de dos, y no teniendo ya en que ocuparme, miéntras que mis compañeros aun estaban hojeando sus diccionarios, procuraba divertirme para pasar el tiempo.

De ahí provenía la siguiente situacion anormal: el profesor me proclamaba como el mejor alumno de su clase, y el celador me declaraba el más *disipado* de su division. En la distribucion de premios de 1866 obtuve una multitud de ellos; pero, no hay que dudarle, el de buena conducta no se hallaba en ese número.

En este año me confirmé; recibí el sacramento con excelentes disposiciones. Lo travieso no había disminuido en mí la piedad. Agradable fué

el año aquel que pasé en la clase del Abate Jouet.

Mi profesor ardía en un verdadero celo religioso. Había traído de Yssoudun una nueva devocion: la de Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Se sentía devorado por el deseo de fundar una órden religiosa. Tenía este sacerdote un temperamento de apóstol, una vocacion irresistible.

Se desbordaba su alma cuando nos descubría sus piadosos propósitos; olvidando su papel de preceptor, el maestro se transfiguraba; lo inflamaba una especie de inspiracion y nos hablaba con verdadera elocuencia.

El abate Jouet me dispensó la honra de elegirme para su auxiliar en el colegio; me nombró su *primer celador* entre los alumnos. Se estableció entónces en San Luis, con permiso del superior, el abate Magnan, una sociedad infantil, compuesta de algunos compañeros. Le pusimos por nombre, la *Petite Œuvre* (la *Pequeña Obra*, empresa ó cofradía) Cada miembro de la *Pequeña Obra*, se consagraba á propagar la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Abrigábamos la ambicion de subvenir en algo á los gastos de los misioneros de Yssoudun. En esta ciudad nació el pensamiento al cual consagró toda su vida el abate Jouet.

El mínimun de cuota era un sueldo por año.

Uno de mis condiscípulos, Estévan Jouve,— que nunca se desvió del buen camino, y que ocupa hoy un lugar distinguido en la prensa meridional—habia hecho unos versos en gracia de la Pequeña Obra, de la que era tambien celador, los que pusimos como encabezamiento á nuestras hojas en que solicitábamos cuotas.

Ese llamamiento á la caridad católica comenzaba así:

Un cuarto al año es poco y mucho.
De humildes causas han provenido
Frecuentemente grandiosos hechos;
Así se forman los grandes rios. (1)

Y á la verdad nos esforzábamos mucho para salir bien con nuestra empresa. En nuestras familias, entre nuestros amigos, donde quiera que teniamos relaciones, íbamos, en los días en que saliamos, multiplicando nuestros esfuerzos y reclutando nuevos cofrades.

Nada podía hacer preveer que un día yo, desertor de la Iglesia me había de dar de alta en el ejército de sus enemigos.

Durante las vacaciones, mi padre me llevaba

(1) El original: "Un sou par an, c'est peu de chose,
"Et c'es beaucoup. Les grands effets
"N'ont bien souvent qu'une humble cause;
Les grands fleuves sont ainsi faits."

algunos domingos, bien al Circulo Religioso de Marsella, de que era miembro, bien á una corporacion admirable, fundada por el abate Allemand para preservar de la corrupcion mundana á los jóvenes empleados en el comercio.

No tenía ahí más que buenos ejemplos, no recibia por todas partes más que saludables consejos.

Durante el año escolar de 1867 á 1868 fué cuando yo me extravié.

Había pasado á la *Division de los grandes*. Entre mis condiscípulos figuraba el hijo de un capitán marino, llamado R***, alumno mediano, pero compañero simpático. R*** y yo contraímos mucha amistad.

El padre de mi amigo era francmason.

Por de contado que al poner su hijo en San Luis, no dió á conocer esa circunstancia al superior del colegio. Sin duda que era uno de esos republicanos bastante numerosos que, con objeto de que sus hijos reciban una instruccion seria, los ponen en establecimientos católicos de educacion, reservándose el destruir en ellos la parte de enseñanza que encierra las verdades cristianas.

R*** en una de sus confidencias de amigo, me reveló que su padre pertenecía á una sociedad misteriosa, y que él era *luveton*. Esta revelacion íntima, cuyo secreto me hizo prometerle, exitó

mi curiosidad de niño. Un día de paseo, conseguí el célebre folleto que Mons. de Segur acababa de escribir sobre los Francmasones.

Su lectura habría debido mostrarme el abismo, hácia el cual me dejaba arrastrar; pero no fué así. R*** me aseguró que la Franc-Masonería no era tan criminal como la pintaba Mons. de Segur; porque habia oído á su padre hablar siempre muy bien de ella. De modo que del folleto de aquel prelado no creí más que los párrafos en que dá algunas ideas sobre las diversas ceremonias practicadas en las iniciaciones.

Lo raro de las pruebas masónicas, las extravagancias de los misteriosos rituales, todo ello habia impresionado vivamente mi espíritu, mientras que permanecía indiferente á las apreciaciones y conclusiones del autor.

Hice algunos compendios del libro y saqué copias; formé igualmente una especie de manual que guardé en mi papelera. Lo repasaba á escondidas durante el estudio.

En las vacaciones de Navidad, mi padre fué llamado al colegio por medio de una comunicacion alarmante. El superior, que lo era entónces el Sr. abate Daimé recomendaba á mi padre que me llevara consigo. Yo no me daba cuenta del caso.

Fué el siguiente:

Un celador habia encontrado mi manual masónico. Los superiores del colegio se alarmaron.

Comparecí ante ellos. Me preguntaron lo que aquello significaba. Contesté que aquel manuscrito estaba formado con extractos del libro de Mons. de Segur. Como era evidente que yo decia la verdad, los directores del colegio se quedaron algo perplejos. Era difícil la conducta que debian observar conmigo en esa situacion. Por lo demás, nadie podia suponer la intencion con que formé aquellos extractos, porque no habia hecho mencion alguna de las confidencias con mi amigo R.*** Solo mi profesor de tercer año, el abate Carbonnel declaró que el hecho de haber conservado únicamente los párrafos esencialmente masónicos, de una obra de este género, probaba que yo tenia tendencias depravadas. En suma, el consejo del colegio no me consideró digno de castigo; pero desde ese día el abate Carbonnel no me perdió de vista.

Advirtiendo esta vigilancia, andaba con mucho cuidado, y resolví no comprometerme. Habia comenzado bien el año, bajo el punto de vista de los resultados académicos; además, ambicioso de premios quería mi parte de gloria en la distribucion de éstos, y procuraba evitar todo aquello que pudiera ocasionar mi expulsion de San Luis. Sin embargo, el alma estaba ya emponzoñada. No

era yo el mismo de los años anteriores. Estudiaba con ardor siempre que se trataba del griego, del latín, de historia ó de matemáticas; pero perdía cada vez más el interés por la instrucción religiosa.

Estaba minado por una fiebre interna.

En los días de salir, compraba los periódicos liberales para devorarlos. Los leía y los quemaba en seguida para que nadie pudiera sospechar lo que pasaba.

En medio de esta lucha moral, quería á cada paso recurrir al Abate Jouet que se mostraba siempre bondadoso conmigo. Había ascendido á primer Celador de la división de los grandes. Por momentos me hacía el ánimo de ir á verlo y decirselo todo; pero me arrepentía.

Entre tanto, no por esto había dejado de ser Celador de la Pequeña Obra. Cuando mi conciencia me decía á gritos que caminaba yo á mi perdición, intentaba hacer un esfuerzo para retroceder; pero á poco volvía á caer en la duda que se apoderaba de mí. En esa crisis, elevé mi plegaria á Nuestra Señora del Sagrado Corazón; le pedí que me defendiera. Estas fueron mis postreras oraciones.

Llegó la Cuaresma.

Mi confesor, el Abate C***—actualmente Capellán de un hospital militar—vió con clari-

dad que mi alma estaba enferma de muerte. Me confesé para guardar las apariencias. No hice aprecio de sus consejos. Comprendiendo él, que le ocultaba la verdad, y que iba yo al confesionario obligado y estrechado por las exigencias del Reglamento, hizo un esfuerzo supremo la víspera del día en que todo el colegio debía cumplir con la Iglesia.

—Veo, hijo mio, me dijo, que no teneis las disposiciones necesarias para recibir la Eucaristía; os falta la fé; me referís vuestros pecados, no como quien se acusa de ellos, sino como quien relata una aventura. No teneis la menor contrición. . . . Vamos, decidme si me engaño; moveos á decir verdad, hijo mio; sed sincero.

—En efecto, contesté al buen sacerdote, que se quedó aterrado; no tengo ya fé.

—¡Dios mio! ¡tenia yo razón! replicó afijido, consternado; ¿y es esto posible. . . .? Pero entonces, hijo mio, no puedo absolveros.

Señor abate, le dije con cinismo, dejando intempestivamente de llamarlo *padre mio*, señor abate, ya sea que me deis ó no la absolución, he de comulgar mañana.

Mi confesor se deshizo en lágrimas.

—¡Desgraciado! murmuró, ¿no vacilais en cometer un sacrilegio?

Me levanté é inclinándome hácia él le dije fria-

mente y en voz baja: "si no comulgara con todos los demas, me haría muy notable; esto causaría un escándalo; ya mi profesor, el abate Carbonnel desconfía de mí. ¡No faltaba más sino que yo no comulgara! De seguro que sería expulsado."

Al día siguiente se verificó la solemnidad de la comunión general. Los alumnos iban á la Sagrada Mesa por grupos; todos los que ocupaban una misma banca se dirigían junto al altar.

Mi confesor oraba arrodillado en un rincón de la capilla.

Cuando llegó su turno á los que ocupaban la misma banca que yo, avancé con ellos y recibí á Dios indignamente.

En el momento en que, separándome del altar volvía á mi asiento, observé un extraño movimiento en el fondo de la capilla. Los profesores y los celadores rodeaban al abate C*** que sufría un ataque.

¡Ah! experimenté entonces un gran remordimiento. Pero no era por el sacrilegio que friamente habia cometido. No me reprendía por lo que mi sacrilega comunión tenía de abominable en sí misma, sino por sus malas consecuencias para mi pobre confesor.

¡Qué día tan negro pasé!

No me atreví á ir personalmente á informarme del estado del abate C***. Me daban miedo los

resultados de ese accidente; porque el excelente eclesiástico habia sufrido un fuerte ataque. Hubiera querido presentármele y pedirle perdón; comprendía que un paso de esta naturaleza le haría bien; pero me detenía otro temor; me decía á mí mismo que si tenía una entrevista con el enfermo, todo se sabría ó por lo menos se comprendería, y en tal caso sería yo expulsado de San Luis.

Después de haber sido sacrilego, fui vil.

¡Qué caída tan miserable!

El abate C*** se alivió. Jamás me volví á presentar delante de él; busqué otro confesor á quien me cuidé mucho de confesar. . . . mi crimen.

Como no habia más comunión general que la de Cuaresma, me limité en lo de adelante á confesarme—por supuesto en la apariencia nada más—cada mes, segun la costumbre del colegio.

Todo habia concluido. El buen y pequeño Gabriel de Mongré no existía ya.

Mis padres ignoraban mi variación.

En San Luis únicamente se hizo constar á fines de este año escolar, que habia yo cometido faltas de disciplina.

Mis condiscípulos me tenían por republicano, pero no por impío, porque ocultaba mi impiedad, y no dejaba ver más que mi desordenado amor á la independencia.

En aquella época, entre los compañeros y yo

habíamos pensado fundar un periódico manuscrito, que circulara á las horas de recreo. Este órgano de la *division de los grandes*, se llamaba *El Tipo*. Éramos tres los redactores: Estévan Jouve, Leon Magnan y yo. Otro alumno llamado Berenguier, era el encargado de las ilustraciones.

El *Tipo* publicó en su primer número un programa en octavas, compuesto por Jouve, que era el poeta del colegio.

La octava que se referia á mí, comenzaba de esta manera:

Fiel á su roja bandera,
Tratará de política Jogand (1).

Traigo á colacion este recuerdo, porque él dá una idea exacta de mis tendencias de entonces. Contaba catorce años, me apuntaba apenas el bozo—fui muy precoz— y ya me tenía por un personaje. En vez de jugar á la pelota ó á las barras, reunía á algunos de mis compañeros á mi alrededor y les daba clases de política á mi modo.

Cada vez que salía, traía al colegio los ecos de la campaña que el partido republicano había emprendido contra el Imperio.

Mi profesor, el abate Carbonnel, me dijo un día:

(1) El original:

“Fidèle á son rouge drapeau,
Jogand parlera politique.”

Gabriel, acabareis mal; comenzais por los juguetes del *Tipo*, y esto os conducirá á las diatribas revolucionarias y á las impiedades del *Siglo*.

Por lo demas, mis artículos mataron al *Tipo*. Al cabo de algunos números, el Superior de San Luis nos mandó suspender nuestro periódico; ese género de disertacion nada tenía de clásico.

Bajo estas condiciones pasé tres años en el colegio católico de Marsella.

A principios de Junio cai en cama. A causa de una fiebre tifoidèa, fui llevado á mi casa, dos meses antes de las vacaciones grandes. La enfermedad fué muy grave y estuve á punto de morir. En los primeros dias de Agosto quedé fuera de peligro.

Pero si el cuerpo se había salvado, el alma, por el contrario, se hallaba en un estado lamentable. Mi orgullo, unido á una curiosidad funesta, la había alejado de Dios, y un horrible sacrilegio había producido las tinieblas en mi conciencia.